

MARCO REVELLI

La lucha de clases
existe...
¡y la han ganado
los ricos!

Traducido del italiano por
Alejandro Pradera

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *La lotta de classe esiste e l'hanno vinta i ricchi (Vero!)*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2014, Gius. Laterza & Figli

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2015

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-009-5

Depósito legal: M. 4.717-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección:
alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Prefacio	9
1. El “paradigma desigualitario” de fin de siglo	19
2. La teoría del <i>trickle-down</i> y sus efectos	27
La curva de Laffer	31
La curva de Kuznets	38
La curva de Kuznets medioambiental	44
3. El goteo hacia abajo sometido a la prueba de una verificación empírica	55
¿Cuánto y qué ha “goteado hacia abajo”?	58

¿En qué medida ha “funcionado” la curva de Laffer?	92
¿En qué medida la curva de Kuznets es aplicable al medio ambiente?	103
4. Las “jirafas de Keynes”	117

Prefacio

La relación entre desigualdad de renta y desarrollo económico es compleja. Cierta grado de desigualdad es una parte integrante de una economía de mercado y de los incentivos requeridos para la inversión y el desarrollo. Pero la desigualdad también puede ser destructiva para el desarrollo, por ejemplo amplificando el riesgo de crisis o dificultando que los pobres inviertan en educación. Incluso la evidencia empírica ha sido ambigua: algunos consideran que el desarrollo medio durante largos periodos es más elevado con una mayor igualdad inicial; otros consideran que una acentuación de la igualdad hoy tiende a reducir el crecimiento a corto plazo.

Es LO QUE PUEDE leerse en la introducción de una «Nota para la discusión» (con fecha de abril de

2011) del personal del Fondo Monetario Internacional (FMI)¹.

De modo que la elección a la que nos enfrentamos en la siguiente generación no es entre el capitalismo y el comunismo, o el final de la historia y el retorno de la historia, sino entre la política de la cohesión social basada en unos propósitos colectivos y la erosión de la sociedad mediante la política del miedo.

En cambio, esa es la reflexión final de Tony Judt —que para entonces ya tenía el cuerpo casi totalmente paralizado por la esclerosis lateral amiotrófica (ELA), salvo los ojos y las cuerdas vocales— a modo de balance de un siglo xx que él había interpretado con un espíritu analítico y al mismo tiempo rebelde, como buen historiador

1. A. G. Berg, J. D. Ostry, *Inequality and Unsustainable Growth: Two Sides of the Same Coin*, IMF Staff Discussion Note, 8 de abril de 2011, p. 3. En cualquier caso, los autores habían hecho constar previamente en la primera página de dicha nota la fórmula ritual —que en este caso se ajusta muy bien a su significado literal: «Disclaimer» [descargo de responsabilidad]: «Esta nota para la discusión del personal representa los puntos de vista de sus autores y no representa necesariamente el punto de vista o las políticas del FMI. Las ideas que se expresan aquí deben atribuirse a los autores y no al FMI, ni a su Consejo Ejecutivo ni a su dirección. Las notas para la discusión del personal se publican para suscitar comentarios y fomentar el debate».

que era, en su libro *Pensar el siglo XX*, que escribió en colaboración con Timothy Snyder.²

AMBAS SON AFIRMACIONES SIGNIFICATIVAS, y en muchos aspectos inesperadas, porque, durante los veinticinco años anteriores (e incluso más), el discurso *mainstream* había sido totalmente distinto. La afirmación de Judt llega después de una apasionada —y aparentemente «anticuada»— defensa del Estado del bienestar, en su versión socialdemócrata más auténtica: «... unos estados democráticos y constitucionales fuertes, con una fiscalidad alta y activamente intervencionistas, que podían abarcar sociedades de masas complejas sin recurrir a la violencia y a la represión», que a juicio de Judt son un legado *valiosísimo*, y por ello «seríamos unos insensatos si renunciáramos alegremente a ese legado»³.

En cambio, la afirmación del FMI coloca en el centro de la reflexión una pregunta —la de si, pre-

2. Tony Judt (con T. Snyder), *Pensar el siglo XX*, Madrid, Taurus, 2012, p. 365, trad. Victoria Gordo del Rey. [Ed. orig.: *Thinking the Twentieth Century*, Penguin Press, 2012.]

3. *Ibíd.*

cisamente, «la desigualdad puede ir en contra del crecimiento económico»— que había brillado dramáticamente por su ausencia, si no de la reflexión teórica, por lo menos sí de la práctica y de las políticas del Fondo. Y pone de manifiesto la incertidumbre sobre las dos tesis antagónicas acerca de lo aceptable, e incluso lo deseable, de cierto grado de desigualdad: una duda que aflora por entre los pliegues de la crisis, y que no se traslucía antiguamente, cuando lo que prevalecía era sin duda la segunda opción, la de quienes opinan que «una acentuación de la igualdad tiende a reducir el crecimiento a corto plazo». Se trata de una duda (aún no es una rectificación) que todavía hoy —aunque se haya planteado— no termina de abrirse camino entre las líneas cerradas de una práctica que parece seguir repitiendo, compulsiva, terca e injustificadamente, los dogmas desigualitarios del pasado: basta con recordar las “recetas” que el propio FMI, el Banco Mundial y la Unión Europea impusieron a Grecia en varios tiempos, a pesar del empeoramiento generalizado de su estado de salud por el exceso de fármacos, algo en lo que coincide todo el mundo.

PREFACIO

Es una interesante rendición de cuentas en el seno de la ideología dominante en el atribulado fin de siglo, y en la transición desde el “siglo corto” al todavía indefinido, pero ya problemático, nuevo milenio.

*La lucha de clases existe...
¡y la han ganado los ricos!*

1

*El “paradigma desigualitario”
de fin de siglo*

LA OPCIÓN DESIGUALITARIA (o, más descaradamente, anti-igualitaria) ha sido —y en gran medida sigue siendo, aunque de una forma más disimulada— una parte integrante del dogma neoclásico que ha brindado su hardware teórico a la ideología neoliberal desde los comienzos de su lucha por la hegemonía a finales de los años setenta, y durante toda la década de los ochenta del siglo pasado.

La idea de que «un exceso de igualdad perjudica a la economía» —o, más explícitamente, de que «una buena dosis de desigualdad es buena para el crecimiento»— ha venido alimentado las políticas de desregulación que se impusieron en el

epicentro anglosajón y que se consolidaron en el circuito de la globalización. Motivó la revolución fiscal, que redujo drásticamente la progresividad de los tipos del impuesto sobre la renta y puso freno a las políticas redistributivas en Estados Unidos y en Gran Bretaña; y que generó las estrictas *conditionalities* de los Programas de Ajuste Estructural del FMI y del Banco Mundial, fuertemente centrados en la prioridad del recorte del gasto social, en la eliminación del control de los precios y la reducción de los subsidios estatales, en la focalización de la producción en las exportaciones, en las privatizaciones y en el perfeccionamiento de los derechos del capital de inversión extranjero respecto a las leyes nacionales. Además, naturalmente, de haber impregnado las enseñanzas económicas que imparte un número cada vez mayor de cátedras de las universidades más acreditadas, en las *business schools*, en los *think tanks* y en las publicaciones de un gran número de fundaciones.

«La igualdad ha dejado de ser una virtud» podría asumirse como el lema que ha caracterizado la ingente y bien formulada reacción anti-keyne-

siana de fin de siglo: después de cinco décadas en las que la igualdad había sido, en cierta medida, el valor social predominante —la “idea regulatoria” por la que se habían guiado las políticas públicas del Occidente democrático y las mismas Constituciones de los países civilizados— se produjo, explícitamente, un punto de ruptura. Una especie de vuelco, por el que incluso allí donde no se la consideraba un obstáculo para el “progreso económico”, en cualquier caso se rebajaba la igualdad desde la categoría de valor final a la categoría de función instrumental. O bien se planteaba no ya como un presupuesto sino, a lo sumo, como una consecuencia del desarrollo, que había que perseguir por otros medios, incluido el de una opción desigualitaria de partida.

El escenario en que se produjo aquella “ruptura” estaba marcado —recordémoslo— por una profunda crisis del modelo que había caracterizado la parte central del siglo, y en particular las tres décadas que van de 1945 a 1975, un periodo que Eric Hobsbawm definía como “la edad de oro” de su “siglo corto” y que los franceses denominan los “treinta gloriosos”.

Por un lado se presentaba la estanflación —la combinación paralizante de un elevado proceso de inflación y de un estancamiento igual de grave— como un mal económico refractario a las tradicionales políticas anticíclicas, lo que daba la imagen de un punto muerto, o en cualquier caso del techo que había alcanzado el desarrollo, y que difícilmente podía superarse con los medios tradicionales.

Por otro lado, la denominada “crisis fiscal del Estado” —que se caracterizaba por una deuda pública creciente, aun con una presión fiscal que alcanzaba sus niveles máximos— limitaba los márgenes de intervención de las autoridades políticas y de los organismos públicos, lo que dejaba entrever que el principal obstáculo para la reanudación del crecimiento en los países con un capitalismo maduro era aquella insostenible presión fiscal. Por su parte, la incipiente globalización dejaba entrever la posibilidad de una expansión exógena de la demanda, gracias a la ampliación y la integración de los mercados a una escala planetaria.

No es de extrañar que, en semejante contexto, se estructurara, y llegara rápidamente a ser hege-

mónico, un paradigma socioeconómico centrado en la ruptura de todos los compromisos sociales anteriores —los que, hasta entonces, habían contribuido a formar la idea predominante de una “sociedad justa”, y que ahora parecían ser los responsables de la insoportable sobrecarga de las finanzas públicas—, un paradigma basado en una renovada centralidad del mercado y en la perspectiva de un desarrollo cuya principal locomotora era la oferta (*supply-side*) —en contraposición con las teorías keynesianas que se centraban en la demanda agregada (*demand-side*)—, así como en el efecto-incentivo de una menor fiscalidad que facilitara la formación de capitales disponibles para la inversión.

Un paradigma, cabría añadir, donde los grandes temas que habían caracterizado el largo ciclo anterior —la cuestión del pleno empleo, por un lado, y el de la pobreza, por otro— acababan asumiendo una posición secundaria (es lo que ha ocurrido con las políticas para combatir la pobreza, que se han redimensionado con el argumento del “riesgo moral”) o incluso alternativa (cierto nivel de desempleo podía considerarse útil para